

reseña de libros

Washington Lockhart

El marxismo de Marx

El título del libro (*) puede inducir a error. No se trata en efecto de la incidencia y difusión de las ideas de Marx en Estados Unidos, sino solamente dentro del ámbito de los ocho mil profesores de filosofía que hay hoy en el país, únicos que se interesan en el tema. En el prólogo, el autor, profesor en la Universidad de Minnesota, amplía algo el panorama, revelándonos que desde 1920 a 1950, populistas, socialistas y comunistas influyeron mucho en la política estadual de Estados Unidos, pero que posteriormente no hubo ni hay un solo estado donde desarrolle actividades algún partido socialista. La conciencia política del país padece así sensible retraso, cuya causa se compone de represión, división étnica dentro de la clase obrera, y su asimilación imperialista. Esa estrechez de miras se agudizó desde la guerra de Vietnam, al intensificarse el racismo y un chauvinismo extremo, configurando un caso único en el mundo actual. Si alguien encara lo social y lo político, lo hace siempre dentro de una ideología de liberalismo clásico y de una autocensura imperturbable.

Tras el fracaso político de la Segunda Internacional, el autor señala el surgimiento de tres grupos básicos del socialismo marxista: el marxismo-leninismo, la socialdemocracia leal a la Segunda Internacional, y el marxismo humanista que protagonizara Lukacs, tercera opción que se convirtió en la corriente dominante, al rechazar el materialismo ontológico y la dialéctica de la naturaleza de Engels. En 1970, las obras de Althusser y Colletti, y en 1977 Karl Popper, renovarían esta interpretación al rechazar radicalmente el positivismo lógico.

Tal desarrollo da pie al autor para contraponerles sus correspondientes réplicas. Empieza con una crítica a la noción de Espíritu de Hegel, reivindicando la noción marxiana de la historia como el resultado de una actividad humana acumulada, posición positivista no contradictoria con una afirmación teleológica según la cual el hombre, además de satisfacer sus necesidades, tiende a recuperar moralmente una esencia perdida. El autor insiste así en que el marxismo es fundamentalmente una ciencia, no a priori como en Hegel, sino empirista, basada en la percepción sensible, lo que no impide el reconocimiento de objetivos morales.

Especial atención dedica el autor a Popper, reproduciendo aquí un trabajo que le dedicara en 1980. El marxismo, a través de la interpretación de Popper es presentado como una "pseudociencia", y como un fenómeno sociológico peligroso para una sociedad libre, ante lo cual Hudeison subraya en cambio el contenido sustantivo de la doctrina marxiana, señalando en tal sentido, ante la aparente omisión en la que habrían incurrido Marx y Engels al no organizar sistemáticamente una teoría, que es en *El capital* donde se encontrará una teorización comprehensiva. El Marx decisivo, subraya, es en efecto el que escribe esa obra, donde se destacan los errores cometidos por Smith y Ricardo, especificando inequívocamente las tendencias que caracterizan el proceso del desarrollo capitalista. El mismo Marx llegó a decir respecto a *El capital* que su meta final es "poner al descubierto las leyes económicas de la sociedad moderna". Da allí también por supuesta la existencia de una dialéctica de la naturaleza además de la dialéctica social, identificando por tanto en el aspecto metodológico su teoría del capital y las ciencias naturales. Observa el autor que, aún aceptando las críticas de Popper, lo principal de lo establecido por Marx permanece indemne. Y es que lo de Marx —puntualiza— "es ciencia, sin más", distinguiéndose de la ciencia burguesa por su concepción del método dialéctico.

Más reciente, de 1986, es el trabajo reproducido al final del libro sobre "El marxismo y la teología de la liberación". Después de analizar la actual concordancia con el marxismo desde puntos de vista políticos, éticos y metafísicos, llega a la conclusión de que lo importante para ese movimiento teológico no es la filosofía marxista, sino el análisis del imperialismo originado en Marx. El acuerdo no nace sino de una coincidencia acerca de la teoría económica de la dependencia. Se superan así divergencias que podrían suponerse irreductibles entre dos maneras tan distintas de concebir la existencia de la divinidad, así como entre las razones económicas de unos y las razones del "corazón" de los otros, entre el determinismo histórico y la existencia original del pecado.

En cuanto al problema de la violencia como expediente ocasionalmente necesario, se reduce a sopesar moralmente en cada caso si el fin perseguido no produce un mal mayor que el bien que finalmente se consigue.

El autor no deja de aludir de paso al problema latinoamericano, es decir, el de la pobreza generalizada, la carencia de derechos humanos básicos y la ausencia de una democracia auténtica, más los efectos derivados de las economías latinoamericanas dentro del orden capitalista. Estos países son usados en efecto como fuentes de materia prima y mano de obra barata, y como factor de superganancias para las empresas nórdicas, de cuyos beneficios participa la clase dominante nativa a cambio de conservar el orden.

El autor, honestamente, termina diciendo que le "parece posible aceptar partes del marxismo sin aceptarlo en su totalidad". Se puede por tanto no compartir la metafísica marxiana sin por eso dejar de reconocer y de combatir la dependencia que padece América Latina y el intervencionismo de Estados Unidos cada vez que se cree amenazado. Este libro ofrece a este respecto un panorama teórico y práctico de indudable interés para una mejor comprensión del marxismo y de su pertinencia en el mundo en que vivimos.

(*) EL MARXISMO EN ESTADOS UNIDOS, HOY, de Richard Hudeison, ed. de Amesur. Montevideo, 1986.